

# *Ellas solas*

*Un mundo sin hombres tras la Gran Guerra*

## EXTRACTO

**VIRGINIA NICHOLSON**

**T**

**TURNER NOEMA**



## ÍNDICE

Introducción .....	9
<b>I        ¿Adónde se han ido los chicos? .....</b>	<b>15</b>
<b>II        “Un mundo que no me quiere” .....</b>	<b>49</b>
<b>III       En la estantería .....</b>	<b>87</b>
<b>IV       Chicas trabajadoras.....</b>	<b>137</b>
<b>V        Cuidando y compartiendo .....</b>	<b>189</b>
<b>VI       Esa gran sensación .....</b>	<b>237</b>
<b>VII      El espléndido ejército de las mujeres.....</b>	<b>291</b>
Notas .....	339
Bibliografía.....	351
Agradecimientos .....	359
Créditos fotográficos y de las ilustraciones.....	363

*ELLAS SOLAS*  
VIRGINIA NICHOLSON

EXTRACTO

## ¿ADÓNDE SE HAN IDO LOS CHICOS?

## DOS MUJERES

**E**n 1978, al cumplir ochenta y cinco años, Margaret Jones, más conocida como May, escribió su autobiografía. El manuscrito está redactado en su mayor parte con bolígrafo, en diferentes tipos de papeles de colores e incluso en el dorso de octavillas. Nunca se ha publicado; no es ni literaria, ni sensacionalista, ni revela gran cosa. De hecho, hay pocas razones por las que pueda destacar, al ser una historia más entre las de miles de mujeres de su generación. Pero al leerla se siente transcurrir un siglo entero. La historia de May deja entonces de ser un expediente más, pues nos permite vislumbrar aquello que hay de único y fugaz en la vida de una persona.

Nacida en 1893, May Jones era la hija mayor de un carpintero galés. Creció en una pequeña aldea de Cheshire, cerca de una de las grandes ciudades de la industria textil. Su casa era una cabaña sombría y húmeda y a su familia le costaba un gran esfuerzo mantenerla. Sin embargo, al final de su vida, al escribir era capaz de rememorar algunos instantes felices en las tardes pasadas junto a su padre, mientras le sujetaba la vela para que éste pudiera tallar las estatuillas de madera con las que conseguía un poco de dinero extra para la familia. May jugaba con aquellas preciosas tallas, colocándoselas a ambos lados de la cara como si fueran pendientes. Recuerda las alegres tardes en el pueblo, bailando al son del organillo o cogiendo a puñados los caramelos que les lanzaban desde la tribuna del condado en la fiesta anual del colegio. El momento culminante era el verano, cuando a ella y a su hermano menor los llevaban a casa de su abuelo, que vivía a veinte kilómetros, en una carreta tirada por un caballo percherón, sentados sobre cestos de patatas.

Pero su madre siempre estaba enferma. Después de May tuvo tres hijos más y tras cada parto debía guardar cama. El médico visitaba

con frecuencia el hogar de los Jones. Cuando su madre no era capaz de levantarse, May, desde los diez años, tenía que limpiar la casa, cocinar, cuidar al bebé y hacer la colada.

May preocupaba a sus padres por su excesiva imaginación. Había aprendido pronto a leer y le encantaban los cuentos de hadas: los pequeños duendes eran reales para ella. Érase una vez un príncipe que se casó con un hada princesa y vivieron felices para siempre jamás. Vivían en las flores. A veces se oían sus risas de cascabel, pero nunca se los podía ver. El médico fruncía el ceño y decía a sus padres que tanta lectura sería perjudicial para su cerebro. Había que atarla en corto, sugería. Bajo su recomendación, le quitaron los libros y sólo le permitieron leer en el colegio, aunque May se llevaba los manuales de carpintería a hurtadillas a la cama y leía todo lo que caía en sus manos. Cuando se hizo algo mayor pudo procurarse ejemplares de *Jane Eyre*, *Lorna Doone* y *Kim*. Su escritora favorita era Marie Corelli, de cuyos melodramas románticos interiorizó la idea de que algún día, en algún lugar, encontraría a su alma gemela.

A los doce años la sacaron del colegio, pues ya era lo suficientemente mayor como para llevar dinero a casa. Los ruegos de su maestra para que la dejaran continuar con una beca no encontraron eco en su familia, que acabó enviándola a una fábrica textil cercana. A sus trece años acabó siendo conocida como la polvorilla del trabajo, ganándose el apodo de “el ángel alado”. Desde las seis y media de la mañana hasta las ocho de la noche hacía recados, subiendo y bajando seis pisos, yendo de un departamento a otro con órdenes, mensajes y muestras. Estaba contenta; los demás trabajadores eran simpáticos, le gustaban los colores vistosos de las bobinas de seda y ganaba cinco chelines por cada hora de trabajo. Pero cayó enferma, agotada por el exceso de trabajo. Durante los tres años siguientes trabajó en un estanco y, cuando cumplió los dieciséis, su madre la envió de aprendiz con un sombrerero de la ciudad, con quien estuvo cinco años.

Al comienzo de una nueva página, May Jones escribió el título del episodio de sus años de juventud: “Mi historia de amor”. Es aquí donde conocemos por primera vez a Philip. Philip y May habían jugado juntos desde los seis años. Aunque él era un chico de ciudad, de Manchester, hijo de una familia de clase media, May lo había conocido porque él iba a su pueblo a pasar los veranos con su tía. Brillante y aplicado, pronto obtuvo una beca para estudiar en Cambridge. Sus padres, cuáqueros sin

mucho dinero, estaban orgullosos de hacer cualquier sacrificio con tal de que su hijo tuviera una educación universitaria. Con generosidad y disposición, Philip se ofreció a ayudar al hermano de May, que estaba preparando un examen, y, como recompensa por esta ayuda, la madre de May lo obsequió con una buena cena:

Una tarde, al irse, madre me dijo: ‘Trae el sombrero de Philip del perchero’. Nos quedamos unos minutos de pie, hablando, y entonces vi que me observaba con una sonrisa y con cierto brillo en los ojos. Con gran horror, me di cuenta de que estaba abrazando su sombrero y acariciándolo como si fuera el gato. Me sentí fatal, dije que se me había olvidado cerrar la jaula del conejo y salí corriendo. No volví a entrar hasta que se hubo marchado.

Al día siguiente, May fue a trabajar como siempre al taller del sombrero. Los aprendices salían a las siete y media. Era un atardecer espectacular y, al salir de la oscuridad de la tienda, cegada por la luz de la calle, apenas pudo evitar chocarse con Philip, que la esperaba. “Creía que terminabas a las siete”, le dijo. “Te he estado esperando media hora y pensé que te habías ido. Hace una tarde espléndida. ¿Te puedo acompañar a casa por el camino de Becks Lane?”. May aceptó con timidez. Aunque lo conocía desde niña, se sentía con el corazón pesado y extrañamente mayor. Él le hacía bromas con dulzura. A partir de aquel día, Philip iría todos los días a buscarla. May dejó de ir en bicicleta a trabajar y su hermano se preguntaba el motivo de que nadie lo ayudara con los deberes. Poco a poco, Philip y May fueron intimando y, tras el regreso de él a Manchester, el joven recorría veinte millas en bicicleta para pasar las tardes con ella:

Era el sueño de un amor de juventud [...] Caminábamos millas por campos, bosques y caminos. A veces me pregunto de qué hablábamos tanto. A ambos nos gustaban los tesoros ocultos de la naturaleza, desde la flor más pequeña hasta los árboles más imponentes y las vistas desde la colina de la inmensa planicie de Cheshire [...] Philip me introdujo a la poesía [...] A veces me recitaba unos versos y otras, cuando me daba un beso de buenas noches, decía: ‘No podría amarte, querida, tanto, si no amara

más el honor [...]’. Yo era muy joven por aquel entonces y me preguntaba qué querrían decir esos versos. En aquellos días yo debía de ser muy inocente o muy ignorante.

May no sabía mucho de arte, pero a Philip le encantaba hablar de sus pasiones. Con el poco dinero que tenía, le regalaba postales de cuadros célebres. Estas imágenes le encantaban. Una de esas composiciones parecía resumir el escenario de felicidad que les esperaba a los jóvenes: era un paisaje titulado *Junio en el Tirol austriaco*. Lo estudiaban con atención, ya que parecían vislumbrar en aquel paisaje bucólico un futuro maravilloso. “A mí también me encanta ese cuadro”, susurraba Philip. “Cuando salga de Cambridge con un puesto, nos casaremos e iremos allí de luna de miel”.

Philip y May llevaban cinco años de noviazgo cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Como buen cuáquero, Philip creía firmemente en el quinto mandamiento: “No matarás”. A pesar de declararse objetor fue llevado a prisión, donde estudió primeros auxilios y el cuidado de los heridos. Al salir, se sintió obligado a poner en práctica sus conocimientos y, sin mayor dilación, se presentó voluntario para ir al frente francés como camillero.

Incluso en su faceta de no combatiente, Philip demostraba valor. En el campo de batalla era incansable, siempre dispuesto a ser el primero en recoger a los heridos y llevarlos al puesto de socorro más cercano. No llevaba ni fusil ni máscara antigas. Los *tommies*\* respetaban su estoica actitud ante el peligro, e incluso los francotiradores alemanes, parece ser, respetaban la imparcialidad de Philip a la hora de ayudar a cualquier soldado que estuviera herido. May esperaba ansiosamente su retorno. Atesoraba las escuetas cartas que él podía enviarle, incluso en ocasiones meras tarjetas impresas con la casilla de “Estoy bien” marcada. Finalmente, recibió una carta en la que le contaba que pronto obtendría un permiso. May sintió que caminaba entre las nubes. Sesenta años después, al escribir sus memorias, miss Margaret Jones no dudó a la hora de contar lo que sucedió después, pero no se extendió en los detalles. Posiblemente, el recuerdo era demasiado doloroso como para extenderse demasiado en su narración:

---

\* *Tommies*, en el original, es el nombre que se les daba a los soldados ingleses [*N. de la T.*].

Entonces todo se derrumbó; llegó una carta del Ministerio de Guerra en la que decían que Philip había muerto en el frente. El golpe fue espantoso. Sentí que había perdido a la mitad de mí misma, a mi alma gemela. Supe entonces que moriría como una vieja solterona.

Miss Jones volvió sobre lo que había escrito para añadir a lápiz la siguiente frase:

Yo sólo tenía veinte años.

Tras la muerte de Philip, el impulso de seguir escribiendo sus memorias la abandonó. Ya no sabremos nada más, puesto que el capítulo termina aquí. El resto de la página quedó en blanco.

\*

El destino fue cruel para muchas mujeres durante los desoladores años de la guerra. Sin embargo, su sufrimiento no se apaciguaba por el hecho de ser compartido. Como las voces de los sectores menos destacados de la sociedad son difíciles de oír, sólo podemos intuir el dolor y las esperanzas arruinadas en las vidas de las innumerables May Jones de todo el país. Pero, en cualquier caso, hubo muchas mujeres que contaron su historia, y abundan también los documentos que dan testimonio de su destino. Este libro es un intento de comprender y escuchar lo que aconteció a toda una generación de mujeres que, como consecuencia de una tragedia histórica, dejaron de depender económicamente de los hombres y se vieron obligadas a construir su propia identidad y su futuro bienestar.

\*

Un silencio oscuro no formaba parte, precisamente, del destino de Gertrude Caton-Thompson. En 1983, a los noventa y cinco años, se sentó a redactar sus memorias y, al mirar atrás, pudo contemplar una vida repleta de éxitos profesionales y de logros personales. Fue una arqueóloga eminente, una investigadora formidable y una exploradora intrépida. Durante muchas décadas, Gertrude viajó y participó en un gran número de excavaciones y dejó su legado en el campo de la arqueología con estudios



de amplia repercusión sobre la prehistoria africana. Los trabajos que publicó en su especialidad todavía sirven de referencia y el mundo académico la recompensó con prestigiosas becas.

Pero no había nada en el entorno o en la educación de Gertrude que permitiera presumir la posterior evolución de esta mujer de la época eduardina. Nacida en 1888, era tan solo un poco más mayor que May Jones, pero sus familias se situaban en polos opuestos. Los Caton-Thompson eran gente bien, cultos, deportistas y con buenos contactos. Cuando tenía cinco años y su hermano siete, su padre, que era abogado, murió. Su madre volvió a casarse con un acaudalado médico, también viudo, y los niños se educaron en los cuatro países pertenecientes al Reino Unido, junto a una gran familia de hermanastros. Su paso por un internado de chicas en Eastbourn le dejó, según cuenta ella, una educación a medias y una absoluta falta de formación intelectual. Aunque enfermaba con frecuencia de una molesta bronquitis, su carácter era entusiasta, nada proclive a veleidades románticas. Durante los veranos de su juventud previos a la guerra, salía a remar por el Támesis con un grupo de bellezas eduardinas y de jóvenes con *canotiers*. De vez en cuando, acompañaba a su familia a Escocia, donde pescaban salmón y cazaban perdices. En el invierno frecuentaban St Moritz a causa de la salud de su madre, donde Gertrude esquiaba y bailaba hasta la madrugada. Pero, por encima de todo, a Gertrude le apasionaba cazar. Disponía de dos caballos para cazar y, durante la temporada de 1908 y 1909, estuvo cabalgando junto a los perros, cinco días cada dos semanas.

¿Para qué otras cosas tenía tiempo esta mujer tan enérgica? Como cabe esperar de una chica de su clase, entre sus habilidades figuraban pintar con acuarelas y un cierto dominio del violín. Recordaba con cariño los conciertos a los que asistían; los gustos de Gertrude iban desde Wagner hasta Rimski Korsakov, de Gounod a Beethoven. Su familia acudía a misa invariablemente. También solían pasar sus vacaciones en el extranjero, la mayoría de las veces sólo Gertrude acompañada de su madre; fueron a Italia, Francia, Israel, Creta, Sicilia y Egipto. Comentaban las excavaciones y las ruinas con interés. A Gertrude le interesaba la arqueología y había asistido a varias conferencias en el Museo Británico sobre los antiguos griegos, pero también le encantaba volver a casa y dejarse llevar por el vértigo social de las partidas de golf, tenis, bridge, hockey o badminton, o participar en carreras de caballos campo a través. Pero,

por encima de todo, ansiaba participar en ese circuito interminable de llamadas, fiestas que acompañaban a las carreras y bailes.

Con todo, la educación de Gertrude no hubiera sido muy diferente a la de otras mujeres de clase media de la época eduardina, salvo por la peculiaridad que compartía con su hermano: su gran interés por los asuntos militares. Durante su infancia, ambos habían coleccionado soldaditos de plomo, que tenían para Gertrude y Arthur vida propia. Juntos, los niños devoraban tomos de historia militar y listas del ejército. Memorizaban las distinciones militares de varios regimientos y conocían a la perfección la historia de Waterloo, de la Guerra de Independencia y de la de Crimea. Seguían con avidez los avances de la Guerra de los Bóers.

No resultaba, por lo tanto, extraño que Gertrude descubriera que tenía bastantes cosas en común con una familia cercana a su círculo inmediato de Berkshire, los Mason-MacFarlane. David MacFarlane, un soldado frustrado, era el doctor de la familia y se había ganado a la pequeña Gertrude cuando, estando ésta en cama aquejada de bronquitis a los diez años, se presentó ante ella vestido con el uniforme de infantería y hablando con la jerga del ejército. En la primera oportunidad que se le presentó, abandonó la práctica de la medicina para dedicarse a la instrucción del 4<sup>o</sup> Regimiento de Infantería del batallón de Seaforth, en Ross-shire. Sus dos hijos, Noel y Carlyon, estaban predestinados a la carrera militar. El doctor MacFarlane los envió a ambos para que se entrenaran como cadetes a Woolwich y Sandhurst, respectivamente. Durante los permisos, los chicos acompañaban constantemente a Gertrude y a su familia en todas sus actividades, desde los bailes que se ofrecían a los miembros de las partidas de caza, hasta a las fiestas que se celebraban junto al río.

Carlyon Mason-MacFarlane era un par de años más joven que Gertrude, pero el vínculo que los unía era fuerte. Ambos sentían un enorme interés por los asuntos militares. El ejército británico y su historia, sus conquistas, su jerarquía y sus triunfos desempeñaban un papel crucial en sus vidas. ¿Y por qué no lo iba a tener? Hoy en día el interés por estos temas puede parecer algo extravagante y fuera de lugar, pero en los albores del siglo XX nada parecía más importante para la sociedad de este tipo de gente y las familias a las que pertenecían. En 1910 reinaba la paz en Gran Bretaña y el Imperio estaba en todo su apogeo, pero cualquiera con cierto criterio para interpretar las actividades de

las grandes potencias podía entrever la amenaza de una guerra en Europa. Se consideraba que el poder militar era fundamental para la estabilidad social. Los soldados luchaban para que las debutantes pudieran bailar.

Pero Carlyon no era un nacionalista ingenuo. En este sentido, el joven era sabio para su edad, incisivo y valiente en sus juicios. No todos percibían que detrás de su irrefrenable buen humor y de su sociabilidad se ocultaba una gran inteligencia. Al salir de Sandhurst, con todos los galardones que la institución le podía otorgar, Carlyon optó por un puesto en la caballería. Supo aprovecharse de la incapacidad del Ministerio de Guerra para comprender que la caballería se había quedado anticuada y, astutamente, aceleró su promoción. En 1911 zarpó rumbo a la India para ocupar su cargo al mando del 7<sup>o</sup> de los Húsares. Su última tarde la había pasado con Gertrude y con su madre en el piso de Londres que ambas compartían.

La partida de Carlyon no fue obstáculo, sin embargo, para que Gertrude continuara con su actividad social un tanto frívola. Tenía a su alcance los desfiles de alta costura de Bradley y también muchas cacerías. Hubo un brote de sarampión, pero siempre le quedaba el ballet ruso. En el invierno esquió en Mürren, y en verano visitaba las ferias de las flores de Chelsea. Sin embargo, también podía aflorar su lado más humanitario y comprometido, participando por ejemplo en la organización de una reunión en el Albert Hall con la intención de recaudar fondos para las sufragistas. En 1912 Gertrude leyó con horror el relato detallado del hundimiento del Titanic y la pérdida de casi mil seiscientas vidas. También le propuso matrimonio Montagu-Luck, el cuñado del general sir George Pretyman, pero ella lo rechazó. “Mi corazón estaba con Carlyon, aunque de una forma nada posesiva”.

En mayo de 1914, Carlyon regresó de la India inesperadamente con una baja por enfermedad, aún convaleciente de una fiebre reumática. La guerra era ya inevitable y Gertrude, en una ocasión, llegó a mediar en un acalorado debate entre Carlyon y un amigo alemán sobre la inminencia del conflicto entre los dos países. Pero unos días después, en un ambiente más relajado, el grupo se dirigió hacia el hipódromo de Epsom en un coche de alquiler con un *picnic* de los almacenes del ejército para acudir al gran carnaval británico: el día del Derby. Entre todos sus invitados, Gertrude sólo tenía ojos para ese joven oficial que se inclinaba temerariamente sobre la capota mientras devoraba un trozo de empanada. “Con

su chaqueta gris echada hacia atrás, parecía tan despreocupado como aquel maravilloso día”. Nunca pudo olvidar esa imagen.

Con la familia de Carlyon en las Highlands escocesas, Gertrude realizó su visita habitual a los MacFarlane en Craigdarroch, a finales de julio. En Europa la tensión iba en aumento, pero en Strathpeffer el río Conan estaba lleno de salmones. Gertrude y Carlyon prepararon sus anzuelos en la orilla y pescaron para toda la familia. Ambos eran conscientes de que el momento se aproximaba. Serbia y Austria fueron las primeras en declararse la guerra; Austria y Rusia lo harían después. El coronel MacFarlane y sus acompañantes se dirigieron hacia donde se encontraba la flota del Mar del Norte, anclada en Cromarthy Firth, a la espera de órdenes. Para los MacFarlane y sus invitados, aquella formación de buques de guerra, cruceros, lanchas cañoneras y pequeñas embarcaciones, perfectamente alineados y dispuestos para entrar en acción, era una imagen majestuosa y alentadora. La lluvia de la tarde comenzaba a caer, pero Gertrude y Carlyon no podían quedarse en casa. La idea de esperar la llegada de noticias en el despacho de Craigdarroch los llenaba de zozobra y era para ellos una perspectiva insoportable. Fueron a caminar juntos y Gertrude, absorta por la intensidad de sus sentimientos, apenas se dio cuenta de que estaba calada hasta los huesos. Al día siguiente, las tropas alemanas cruzaron la frontera de Francia, y el 4 de agosto de 1914 Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania.

El grupo de Craigdarroch se separó. Carlyon esperaba órdenes del Ministerio de la Guerra, mientras Gertrude se decidió a pasar el verano en casa de su tía, cerca de Dumfries, donde, día tras día, no hacía otra cosa que esperar el periódico. Supo que a Carlyon le habían asignado al 15<sup>o</sup> Regimiento de Húsares como parte de la fuerza expedicionaria británica. Durante el primer otoño luchó con las tropas en Marne y Aisne, intentando contener el avance alemán. Ahora, las listas empezaban a publicarse en todo el país: había miles de muertos, heridos y prisioneros, la destrucción sistemática de toda una generación de hombres jóvenes había empezado su inexorable curso.

Una tarde de diciembre de 1914, Carlyon se presentó por sorpresa en el piso de Londres en el que Gertrude, su madre y su tía acababan de cenar. Había participado en la retirada aliada, por lo que pudo ofrecerles un relato completo de sus experiencias en el campo de batalla. Confesó haberse sentido aterrorizado bajo el fuego enemigo, pero, en su condición de inglés,

era esencial no mostrar miedo. La narración de Carlyon de la contienda era a todas luces optimista: habían detenido la ofensiva alemana y el contraataque aliado se presumía inminente. Además, había ascendido en su carrera y pronto lo destacarían a un puesto más seguro.

Cuando el joven militar hubo terminado su relato, la madre de Gertrude se despidió dándole las buenas noches. “¿Puedo quedarme un poco más?”, preguntó Carlyon. Una vez solos, Carlyon abandonó su actitud despreocupada y le confesó a Gertrude su profundo pesimismo acerca del desarrollo de la guerra. El ejército alemán era superior al británico en todos los aspectos, salvo en lo que concernía, claro está, al espíritu de lucha. Por otra parte, los comandantes ingleses estaban desorientados y no se entendían con los franceses. Una vez agotado el tema de la guerra, hablaron de su pasado común y de aquellos días felices de verano que nunca volverían. Era cerca de la una de la madrugada cuando, sumido en la oscuridad, Carlyon volvió caminando hacia su club.

Aquella noche Gertrude no pudo dormir. Sabía que amaba a Carlyon con toda su alma, pero, de acuerdo con las convenciones de aquella época, ninguno de los dos había dado muestras de sus sentimientos. Como amigos de infancia, se trataban con un cálido afecto, sus cartas siempre acababan con un “te quiere” y sus despedidas siempre se sellaban con un beso. Pero eran términos propios de la costumbre, no de la pasión. En aquella noche de insomnio, Gertrude llegó a la conclusión de que nunca debía confesarle su amor. “Ni la más mínima sospecha que le pueda distraer de su deber. Es un asunto privado que nadie debe saber nunca. Y así será”.

Tras ese encuentro coincidieron en alguna que otra ocasión, durante el verano de 1915 y en octubre de ese mismo año, cuando él fue ingresado en el hospital con una fiebre reumática que había contraído en las trincheras. En la Navidad siguiente, en una cena junto con él y con sus padres, supo que lo habían destinado como oficial de inteligencia al frente occidental de las fuerzas en Egipto. “Esas navidades me sentí como navegando sobre un océano en calma”.

Más aliviada, Gertrude siguió vendiendo juguetes para recaudar fondos para los niños refugiados, y en su tiempo libre tejía calcetines verdes para los soldados. Entretanto, las fiestas continuaban, al igual que las partidas de *bridge*, la hípica y los conciertos. A algunos les podría parecer que cuanto más sangrienta era la contienda, más alegre y enloquecida era la vida social; como a muchas otras mujeres de su tiempo, a Gertrude no le parecía mal

un poco de distracción. A principios de 1916, se sumó a los voluntarios que empujaban carritos en la cantina de Woolwich Arsenal para los trabajadores de las fábricas de munición. También logró esquivar con pericia el movimiento de las tropas y así pasar unas vacaciones en la Riviera francesa con sus amigos, donde “surgió mi interés por la prehistoria...”. Unos arqueólogos franceses excavaban en busca de restos paleolíticos en los Roches Rouges, detrás de Menton, y Gertrude los convenció para que la aceptaran como pinche de cocina.

Pero, lejos del sol de la Riviera, la guerra seguía cobrándose su siniestro peaje de manera inexorable. El ángel exterminador sobrevolaba. Entre julio y noviembre de 1916, los 420.000 soldados británicos muertos en condiciones espantosas en el Somme pondrían a prueba la determinación del país: sólo en el primer día de combate hubo 20.000 muertos. Ninguna familia del país salió indemne, y tampoco la de Gertrude. Dos de sus primos murieron, ambos hijos únicos, y Gertrude se sumó a las multitudes sollozantes que abarrotaban las iglesias en aquel tiempo. La célebre predicadora Maude Royden atraía a las masas y con su bella voz consolaba a los familiares diciéndoles que sus hijos habían muerto “consagrados en vida”. Carlyon seguía a salvo en Egipto. Ante la cifra aterradora de bajas en su ámbito más cercano, Gertrude sentía un alivio profundo al saber que habían enviado a Philip, en contra de su voluntad, a un destino que, en comparación, era un remanso de paz. Un brote de fiebre reumática a cambio de estar lejos de las trincheras era un precio aceptable.

Entonces supo por él que ya se había recuperado y que había sido asignado al mando de un cuerpo de choque montado a camello, con el que debía patrullar el extremo occidental del desierto de Libia en prevención de ataques por sorpresa. Hacía falta tener una gran valentía y una innegable fortaleza de ánimo para arrostrar semejante misión, pues la barbarie de las tribus musulmanas era notoria en la zona, además de la naturaleza inhóspita del desierto.

Todo lo que sucedió a partir de ese momento se lo relató a Gertrude el general Creagh, su contacto en el Ministerio de la Guerra. En septiembre de 1916, Carlyon salió al mando de una patrulla de cuatro hombres con el fin de verificar los rumores acerca de movimientos tribales a las órdenes de los turcos, cerca del oasis de Baharia, un área del desierto al oeste del Nilo cuyo trazado no aparecía en los mapas. Rodeado por unos inmensos acantilados rocosos, la patrulla se fue acercando al oasis a través de un terreno

resquebrajado y abrupto. Tres hombres se quedaron en la retaguardia, ocultos tras un saliente, para cuidar de los camellos. Mientras, Carlyon y el otro oficial salieron a reconocer la zona a pie. Nunca más volvieron.

Pasaron veintitrés días de suspense agónico hasta que llegaron noticias fiables sobre su terrible final. Carlyon y el oficial no llegaron a alejarse mucho del resto de la patrulla, cuando unos hombres de la tribu de los senussi, que los habían seguido, acabaron con ellos. Desnudaron y mutilaron salvajemente los cadáveres de aquellos infieles y los dejaron pudrirse sobre las rocas. Los cuerpos fueron rescatados y los restos del capitán Carlyon Will Mason-MacFarlane –“un oficial brillante y prometedor”– yacen en el cementerio inglés de Minia, en la zona central de Egipto. Con él quedaron también enterradas todas las esperanzas y deseos secretos de Gertrude.

#### SU MÁXIMA ASPIRACIÓN

Si hoy día las mujeres se casan en menor número porque sus motivaciones religiosas, legales y económicas han cambiado, a finales del siglo XIX y principios del XX estos mismos factores se aliaban para empujarlas firme e incondicionalmente hacia el altar. El mundo en el que creció Gertrude Caton-Thompson era de esa índole: se esperaba que las mujeres se casaran. Y no como un medio para conseguir algo, ni como la base sobre la que ejercer otras actividades, sino como “la máxima aspiración en la vida de una mujer”, algo para lo que habían nacido. Para la gran mayoría, resultaba evidente que “el matrimonio era el modo de vida normal”. ¿Para qué, si no, servían todos esos dispendios? ¿Por qué gastar tanto en modistas, sombrereros, bailes y cacerías, si no era para que mujeres como Gertrude pudieran situarse con ventaja ante toda una serie de pretendientes potenciales? Resulta innecesario enfatizar la importancia del mercado matrimonial en la Inglaterra del siglo XIX y principios del XX. Como si se tratase de una ley inmutable de la física, la sociedad había establecido que toda energía dedicada a las mujeres debía de ser compensada por un matrimonio conveniente y, a su debido tiempo, un gasto ulterior de energía serviría para que las hijas de ese matrimonio compensaran la inversión casándose a su vez convenientemente. Como recordaba una mujer del periodo prebélico, “nada hubiera

deseado más que una boda preciosa, con un joven marido romántico, preferentemente un duque. Quería hacer lo mejor para mi familia...”. De esta forma, el mundo seguía girando. E. M. Delafield, quien posteriormente escribiría el inmortal *Diary of a Provincial Lady* [Diario de una mujer de provincias], aprovechó su propia experiencia como debutante en el periodo prebélico para escribir su novela *Thank Heaven Fasting* [Agradeced al cielo] (1932),\* la historia desesperada de Monica Ingram y sus años de juventud en el laberinto de la fortuna.

Para las chicas de la clase de Monica Ingram, era imprescindible adaptarse al ideal de la virginidad. Esto implicaba no solo la posesión de ciertas dotes, sino también decoro y fragilidad, una propensión a desmayarse y a sonrojarse, modestia y discreción. Dotándola de todos estos restrictivos atributos, su madre le había grabado a conciencia desde muy temprana edad que su único futuro consistía en conseguir al hombre apropiado:

‘Mi niña, nunca te enamores de un hombre que no sea lo bastante...’, le repetía cada tanto la señora Ingram a Monica cuando ésta tenía quince años.

Monica asume al pie de la letra los consejos de su madre. Cada conversación con sus amigas gira en torno a la obsesión central de sus vidas: ¿podrán cazar un marido? Los hombres que van conociendo son o “algo buenos” o “nada buenos”, según su disponibilidad para contraer matrimonio. Su tema favorito de conversación son las bodas. ¿Cómo vestirían las damas de honor? ¿Qué color elegirían para el vestido con el que iniciarían su luna de miel? En lo que respecta a encontrar un tra-

---

\* El título procede de *Como gustéis* de Shakespeare, acto III, escena IV:

Señora, conozco vos misma. Agradeced  
Al cielo de rodillas el amor de un buen hombre,  
Pues como amigo debo deciros al oído:  
Vended mientras podáis, no os va cualquier mercado  
Pedid perdón, amadlo y aceptadle su don.

Hay que decir, de paso, que E. M. Delafield era el seudónimo de Edmée Elizabeth *Monica* Dashwood (las cursivas son mías), lo que sugiere que la novela tenía gran trasfondo autobiográfico.



bajo, la capacidad de desmayarse y de sonrojarse eran virtudes que no puntuaban en el mercado laboral, y además todo el mundo sabía que el trabajo era para las perdedoras, para las que no habían conseguido contraer matrimonio con alguien apropiado. Tener conocimientos de ciencias, de gramática francesa o de matemáticas no favorecía la imagen de “cerebro de mosquito” que estas chicas cultivaban con esmero y que resultaba esencial para no asustar a los hombres.

Desgraciadamente para Monica, ella transgredió las normas. Se involucró sentimentalmente con un chico cuyas dudosas intenciones lo convertían automáticamente en un hombre que no era “lo bastante”. Esta transgresión resultó catastrófica, o casi. De repente, se hace terriblemente evidente que la sociedad la considera ahora una persona “manchada” por su aventura y los posibles pretendientes se alejan. Cada temporada, durante las reuniones familiares, Monica continua exhibiendo sus atributos de forma forzada y tensa. Todavía conserva un aspecto muy cuidado, pero, a medida que pasa el tiempo y ni un solo pretendiente hace amago de acercarse a ella, su situación se hace más desesperada. Para salvar la situación, Mrs. Ingram se ve obligada a urdir pretextos, con frases en las que deja caer que a los veinticinco años su hija no quiere casarse –“Dice que no le interesan los hombres. Claro, que algunas chicas son así...”– o que, como hija única, ha renunciado al matrimonio para dedicarse a su anciana madre. La realidad es que, cada noche, Monica se abraza llorando a la almohada, culpándose de haber fracasado y de que los hombres no la consideren atractiva. El terror la paraliza al darse cuenta de que los años han ido pasando y no ha conseguido su objetivo en la vida.

De vez en cuando, junto a una amiga que, como ella, se ha quedado para vestir santos, intenta mirar de frente a su futuro:

‘¿Por qué no podemos hacer una carrera, o incluso trabajar, como un hombre?’, se preguntaba Monica, impotente. ‘Sé que la gente murmurará que lo hacemos porque no nos hemos casado, pero lo dirían de todas maneras’.

‘No hay trabajo para chicas como nosotras’, afirmó Federica. ‘Ninguno que nos dejen desempeñar. La única solución es hacerse monja, hacer obras de caridad, junto a todas las solteras y gente que no es de nuestra categoría’.

La señora Ingram es tajante:

‘Ya está todo dicho: la mujer sólo tiene un trabajo, sea inteligente o estúpida: ser una buena esposa para un hombre y la madre de sus hijos’.

‘Pero, ¡es que no hay hombres para todas!’ se lamentaba amargamente Monica.

E. M. Delafield prolonga la agonía de su heroína durante doscientas cincuenta páginas más cuando, como la caballería que aparece al galope en el último instante, concede a la pobre Monica un respiro (irónicamente lo titula “Un final feliz”) en la forma de Herbert Pelham. Este pretendiente de mediana edad, calvo y con ojos saltones, que llevaba un tiempo merodeando discretamente alrededor de los Ingram y al que se había descartado por su total falta de *glamour*, se presenta ahora, visto con los ojos de la desesperación, como la respuesta a las plegarias de la soltera. Adiós al amor, a los sueños románticos, pero también a la ignominia social. Puede que Herbert Pelham no fuese atractivo, cariñoso o ni siquiera agradable, pero no era un carnicero. Tampoco un médico, pero resultaba, en definitiva, “lo bastante”. La novela termina con Monica avanzando hacia el altar, llena de gozo y alivio por haberse escapado de la vergüenza y la recriminación, y con una plegaria en su corazón: “[...] que sea una buena esposa para Herbert Pelham y que, si tengo un hijo, sea varón”.

\*

Angela du Maurier era una romántica incurable. Sin embargo, a pesar de ciertos antojos amorosos, estaba destinada a ser soltera. Todo comenzó en las clases de baile de su infancia, cuando suspiraba por un “pequeño chico con traje de marinero”. A los diez años juró su amor a un niño de once, jugaron juntos con el aro y se dijeron adiós con un beso. Su siguiente objetivo fue, en Albany Street, el hijo del panadero. A éste lo siguieron un chico que vivía cerca de su casa de vacaciones en Llanbedr, el trabajador de la granja Arthur, que la llevaba en su carreta como pago por los cigarros que le robaba a su padre, el actor Bobby Loraine (“mi primer gran amor...”), el príncipe de Gales, su primo Gerald y la chica más

popular del colegio. A los catorce años nada era más fácil que embelesarse ante tantos oficiales apuestos que se disponían a luchar por su país. “Era maravilloso ver a todos aquellos hombres de uniforme, dispuestos a morir en acción...”. Y tras la guerra, en 1922, se vio tocada, hundida y vencida por un hombre mayor, que se comportaba con gran galantería y dulzura ante la chica ingenua de ojos soñadores. Se convirtió en su gran pasión. Era tierno y hubo alguna que otra lágrima al despedirse. En su autobiografía, *It’s Only the Sister* [Soy sólo la hermana] (1951),\* Angela du Maurier corrobora la descripción del mercadeo matrimonial que hace E. M. Delafield en sus novelas. Ahora estaba preparada...

Me pregunto para qué creen que están preparadas estas chicas, cuando ya se sabe de antemano: para el matrimonio. Tengo la certeza de que, para nueve de cada diez, a los diecinueve años el matrimonio es su única meta, a pesar de lo que lleguen a pensar más tarde. Desde luego, para mí lo era, y Bet y yo intercambiábamos ideas a cada momento sobre quiénes serían nuestras damas de honor, adónde iríamos de luna de miel, cómo llamaríamos a nuestros hijos, qué tipo de marido nos *gustaría* tener. Pero cada joven que entraba en nuestras vidas para luego salir de ellas como si nada nos hacía dudar seriamente de todo...

#### PROFUNDAMENTE AMADOS Y TRISTEMENTE AÑORADOS

De esta manera, las mujeres inglesas, siempre conscientes de que cualquier marido era mejor que ninguno, veían como la guerra les iba arrebatando a sus futuros compañeros. Incluso antes de 1914, Monica Ingram tenía razón: no había hombres suficientes para todas. En 1911, en Gran Bretaña había seiscientos sesenta y cuatro mil mujeres más que hombres. Esto se debía a que habían muerto más bebés niños y también a que muchos habían emigrado a las colonias. En 1914, medio millón de hombres abandonó el país para servir al Imperio en la India, Australia, Canadá, Kenia... Cuando estalló la guerra, la mayoría regresó para

---

\* Su hermana menor era la famosa Daphne, exitosa autora de *Rebecca*, *La taberna de Jamaica* y muchas otras novelas. Su padre, Gerald du Maurier, era un conocido representante de actores.

luchar por el rey y su patria, y acabaron muertos por las arma de fuego, las explosiones o, como todos aquellos que se quedaron en la retaguardia, como consecuencia del gas. Entre 1914 y 1918 murieron unos setecientos mil hombres ingleses: \* uno de cada ocho de los que partieron al combate –el nueve por ciento de los hombres ingleses menores de cuarenta y cinco años–, aparte de un millón seiscientos sesenta y tres mil heridos. Inanes ante la masacre, toda una generación de mujeres esperaba en vano a que sus hombres volvieran a casa.

El día de Navidad de 1915, una joven enfermera esperaba llena de ilusión a su prometido, que disfrutaba de un permiso. Al contemplar el mar picado desde el vestíbulo del Gran Hotel de Brighton, se preguntaba si tendría una travesía apacible. A las diez de la noche aún no había recibido noticias suyas. Estaba desilusionada, pero no excesivamente preocupada. Era domingo, el día de Navidad, y tampoco resultaba extraño que no hubiera podido enviar un mensaje. Tendría noticias suyas por la mañana. Al día siguiente se arregló con esmero, pues quería tener el mejor aspecto para su amor. Por fin, llegó el esperado aviso por teléfono y salió corriendo jovialmente al pasillo. Pero el mensaje que recibió destrozó todos sus sueños.

Dos días antes, la víspera de su permiso, Roland Leighton, el prometido de la enfermera, había salido a reconocer una trinchera que comunicaba la de su batallón con tierra de nadie. Había que reparar las alambradas y Leighton quería asegurarse de que el camino estaba despejado antes de salir con una patrulla a hacer el trabajo.

Desafortunadamente, había luna llena. Ignoraba que los alemanes habían emplazado una ametralladora que barría su trayecto y, apenas se puso a su alcance, las balas le acribillaron el estómago. Dos de sus compañeros arriesgaron sus vidas arrastrándolo hasta la trinchera inglesa. En el puesto de curas, el médico le administró una gran dosis de morfina, pero no había nada que hacer: veinticuatro horas más tarde, Roland Leighton fallecía.

---

\* Aunque excede el tema de este libro, esta tragedia no se limitó a Gran Bretaña. Ciento veintiséis mil soldados norteamericanos perecieron también en la Primera Guerra Mundial. Los franceses sufrieron aún más bajas que los ingleses (casi un millón y medio frente a los setecientos mil británicos). El caso de Alemania es aún peor, con casi un millón ochocientos mil bajas. Las mujeres francesas y alemanas tuvieron que hacer frente a una situación más dramática aún que las inglesas, pero la forma en que ellas se adaptaron y reorientaron sus vidas ante tal tragedia es algo que sólo podemos imaginar.



## *Ellas solas*

**Uno de cada tres chicos que se matriculó en la universidad de Oxford en 1913 murió en la Primera Guerra Mundial. En todos los países de Europa, la Gran Guerra dejó millones de huecos en las familias, en las fábricas y oficinas, en las universidades... y en las vidas de las novias y recién casadas. Dos millones de “solteras de guerra”, jóvenes educadas con la sola meta del matrimonio, se encontraron ante un mundo que no sabía qué hacer con ellas. Y sobrevivieron. Trabajaron. Estudiaron. Empezaron a reunirse, a asociarse, a entrar solas o en grupo en los cafés. Y, sin querer hacer política ni historia, abrieron un camino que ya nunca dejó de ensancharse. A través de las cartas, los diarios, los testimonios y las biografías de cientos de mujeres, Nicholson ha escrito un homenaje a la cara femenina de la “generación perdida”, unas mujeres a las que cambió la guerra... y que cambiaron la sociedad.**



WWW.TURNERLIBROS.COM



**PVP 22,50 €**